

NO VEAS

25
CTS



POR «LAS BUENAS», de KIM

—Camaradas: Hemos hecho el inmenso sacrificio de dejar el frente y venir aquí a colectivizaros por las buenas, sin recurrir a los repugnantes procedimientos del proselitismo.

¿Va "usté" al cine? Pues es un valiente.

¿Va "usté" al teatro? Pues es un héroe.

SUCESO CINEMATOGRAFICO

Un atropello.—Cuando el ayudante de cabina del Capitol transportaba una copia de la película «Barrios Bajos», tuvo la mala fortuna de que se le rompiese el saco en plena calle de Alcalá. Por la fuerza expansiva que desarrollan y por la cantidad de materias explosivas que contienen, cada rollo ha producido un desastre. Los que más efectos han causado fueron el quinto y el sexto. Uno, después de demoler totalmente un puesto de refrescos, entró en una sastrería, donde hizo explosión. Al dueño le sacaron en retales, y al cortador, en rodajas. Otro cogió la cola del tabaco junto a un estanco, dejándola convertida en una colilla húmeante. Las víctimas fueron muchas como siempre, niños y mujeres. (Los fumadores no hacen cola.)

SUCESO TEATRAL

Suicidio refinado.—Ayer tarde, un hombre con aspecto de extraordinaria desesperación, corría las calles madrileñas desorbitado y febril. Se le notaba a la legua que iba a realizar alguna barbaridad. Y, efectivamente, en cuanto llegó a la taquilla del Ascaso se acercó valientemente, y sacando un duro de papel, compró una localidad para la primera función. (Era domingo.) Después de aguantar con un estoicismo apostólico los tres adobes literarios que componen la arquitectura de «El cuarto de Gallina», salió del teatro con un aire de tristeza que

hacia saltar las lágrimas. Inmediatamente tomó calle del Barquillo arriba, a más velocidad que un «mosca», y en menos que se persigna un clérigo mochaes, se arrimó al teatro Chueca, y con una temeridad que arrancó calurosos aplausos al público que paseaba, pidió una butaca. Sin respirar, se tragó «Evacuación», y el efecto fué fulminante. Al cuarto de hora no tenía ni pulso.

COTILLEO

Joaquinito Dicenta se ha olvidado—¡mala memoria!—que es el autor de «Son mis amores reales», «Amparo» y «Leonor de Aquitania», y quiere acordarse de que también escribió «La casa de Salud» y «El cuarto de Gallina». Bueno, esto de escribir es un decir, porque estas dos «cosas» abochornan a cualquiera. ¿A ti no, Joaquín?

* * *

Un nuevo film sobre las pantallas de Madrid. Es decir, seminuevo: «El gato montés». ¡Antifascismo puro! Bandereros, gitanos y toreros. La España que hay que borrar y que los camaradas de la Junta de Espectáculos se empeñan en recordarnos a todas horas.

* * *

¿Pero todavía sigue proyectándose esa película que se llama «Rhodes el conquistador»? Regalamos una cajetilla de Camol (valor, 12 pesetas, sobre puerto de Barcelona) a quien consiga secuestrarla... para siempre.



¿Qué hace el camarada Custodio, que no estrena? ¿Estará enfermo? ¿No podrá escribir? Sólo pensar que esto último pueda ser verdad nos vuelve locos de alegría. Pero ¡no caerá esa breva!

Asdrúbal PEREZ

(Dibujos de M.)



NO VEAS

SEMANARIO HUMORISTICO

ALFONSO XI, 4. — MADRID

Teléfono 21090 (61)

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Trimestre	3,75 pesetas
Semestre	6,25 —
Año	12,00 —

★

AÑO I Sábado 28 de agosto de 1937 NUM. 15

NUESTROS HOMBRES ILUSTRES

AQUI, EL REDACTOR-JEFE DE "GUIRIGAY"

En sus años mozos escribía unos cuentos que comenzaban invariablemente: «Caía la tarde...» Tuvo que adoptar después diversos oficios. Tenía, eso sí, grandes aficiones periodísticas. Varios redactores de periódicos madrileños han tenido que recibirle y afrontar la amenaza de lectura de originales pavorosamente largos. Una de sus preocupaciones fundamentales era «La Linterna». Quería colaborar en la revista a todo trance. Llegaba a la Redacción y ofrecía suave y humildemente sus productos:

—He hecho esta cosita... Si ustedes quisieran...

Por desgracia, la cosita solía ser muy mala, y su autor había de resignarse a no verla jamás impresa.

Estos reveses en el terreno intelectual le impulsaron hacia ocupaciones más simples. Y así, fué vendedor de una cierta marca de hojas de afeitar, cosa nada extraña, aunque la hojita en cuestión luciera en los estuches estas dos bizarras palabras: «El Jefe.» Y aunque al pie del título se viera un dibujo del señor Gil Robles, don José María. Al fin de cuentas, no está plenamente comprobado este detalle de la turbulenta existencia del más consecuente aficionado a las cartas abiertas y a los sobres cerrados.

Si está comprobado, en cambio, lo de «La Tierra», en cuyo diario—en el que se publicaban artículos de un contenido tan revolucionario como aquellos que dedicó su director a exponer una teoría eminentemente fascista, y aquellos otros en que se pintaba a Marx como un enemigo del proletariado, y aquellos otros echándole una mano a Lerroux, y aquellos...—, en cuyo diario colaboró con las distinguidas firmas que hace poco nos recordó. Con esas y con otras, claro. Porque también colaboraban—y de qué manera!—los agentes de sir Deterding, don Enrique, cuya firma era bien conocida en la Administración y en la cuenta corriente de don Salvador.

Pero esto de «La Tierra» fué una cosa pasajera. La verdad es que don Salvador no le hizo nunca demasiado caso, razón por la cual explanaba sus amargas quejas en una tertulia de la que era figura principal el señor Andrade, conocidísimo admirador de Trotski, Hitler y Franco. Pero esto sólo le producía una compensación moral y algún café que otro. Decididamente, había que buscar soluciones positivas. Y entonces fué cuando puso sus ojos en aquel portentoso periódico, ejemplo de crítica objetiva, de pechos femeninos al aire y de anuncios camuflados, en aquella revista maravillosa que tenía un título elegante, frívolo y exacto: «Guirigay».

Desde entonces dejó de llevar solamente cositas a «La Linterna». Desde entonces las acompañó de unas tarjetas en las que se podía leer una orgullosa inscripción:

DON FULANO DE TAL

Redactor-Jefe de «Guirigay».

Estas pequeñas cartulinas casi dieron la vuelta al mundo. En mil tertulias diversas pasaron de mano en mano. El se acercaba a una refulgente «vedette» de cabaret y le decía suavemente:

—Oye, Conchita: podíamos hacer una media plana con un buen retrato... Total, por diez duros no te vas a arruinar.

Y «Guirigay» anunciaba triunfalmente en su primer número que Conchita era la mujer más bonita del mundo, y que diez coroneles del Ejército inglés habían enloquecido viéndola bailar. Y se defendía con estas combinaciones nuestro héroe. Su fortuna estaba en función directa con su persuasiva literatura. El teléfono transmitía su histórica consigna:

—Aquí, el redactor-jefe de «Guirigay»...

Luego contaba sus éxitos en la tertulia del señor Andrade, conocido admirador de Trotski, Hitler y Franco. Y el señor Andrade decía:

—Tú eres un chico listo. Debes formarte.

Y le iniciaba en los terribles secretos de la «Revolución permanente», «La Cuarta Internacional» y otras bromas por el estilo.

Ya no escribe para «La Linterna». Ya no publica nada en el órgano de don Salvador y de sir Deterding. Y, lo que es peor, ya no dice nada en «Guirigay». A cambio de tantas dichichas, se le ha conferido un

cargo de responsabilidad. Su deber comienza y acaba en atacar al Partido Comunista, con el cual, justo es decirlo, no espera poder llegar a un acuerdo. Porque esto de ahora no es lo mismo que hablar con las Conchitas de los cabarets o masturbarse el cerebro en honor de «La Linterna». No, no. Esto es mucho más grave.

Y por eso han pintado un retrato y le han fijado—bigote y todo—en la Puerta de Alcalá, no se sabe si para consagrar su heroica lucha contra los comunistas o para dignificar sus andanzas con un pequeño afiche del «Jefe» en una mano y un número de «Guirigay» en la otra.

Su maestro, don Salvador, se jacta de haber creado periodistas prerrevolucionarios, de la revolución y de la contrarrevolución.

Este es de los últimos que ha formado.

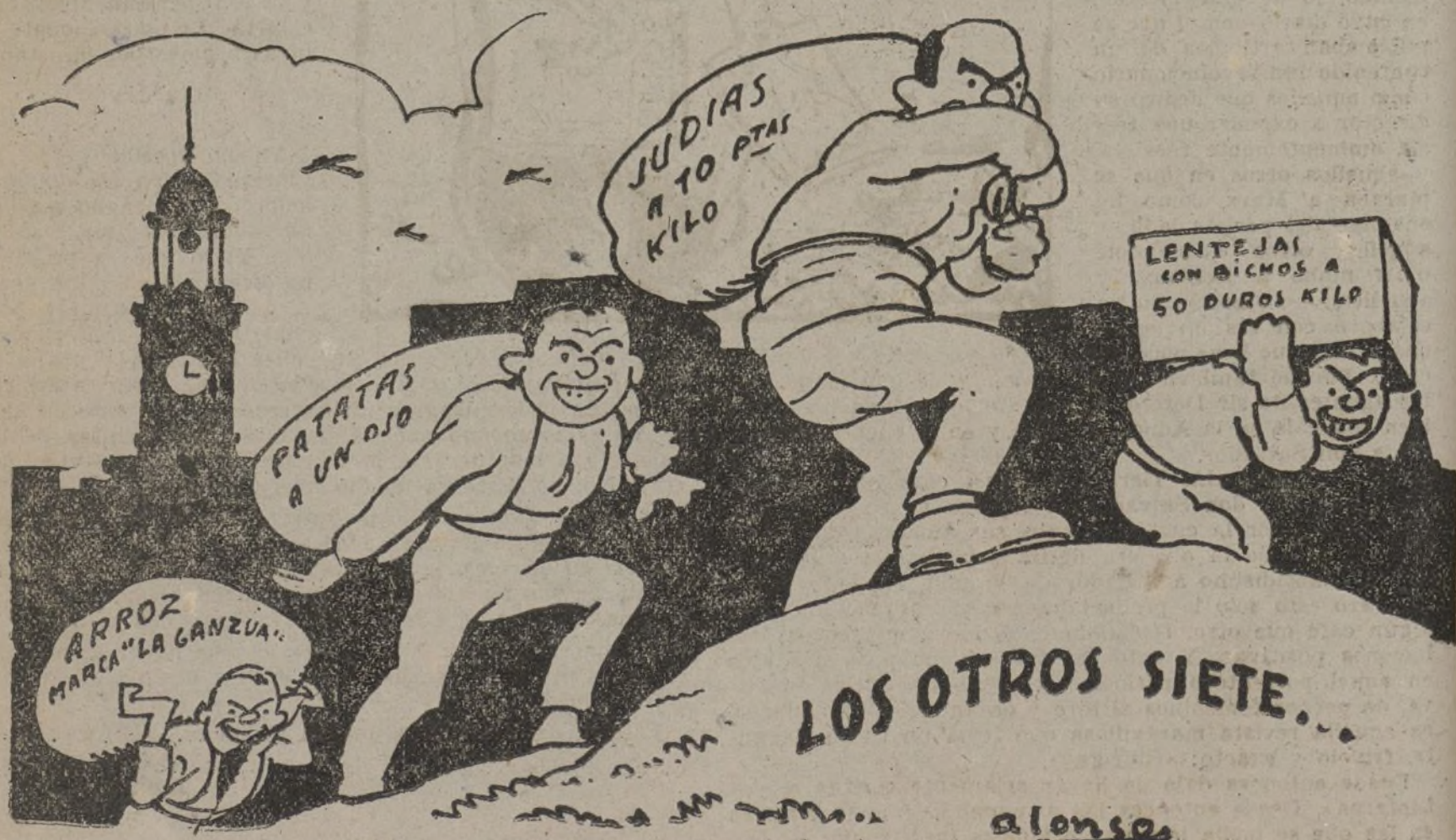
Emil UDWIG

(Ilustraciones de Ceró.)



LA HISTORIA SE REPITE

(COMO LA MORCILLA)



TELEGRAMAS DE GINEBRA

(De nuestro aprendiz de corresponsal)

Ginebra, 15 (urgente).—Comunicarme próxima reunión Sociedad Naciones llevar cabo «reconocimiento» Franco. Para reconocimiento, avisado doctor Stukert (especialista enfermedades mentales).

—Encontrarme corresponsal Franco tranvia esta ciudad. Querer darle «maculillo», impedirlo gendarme bigotes. A pesar todo, más tarde romperle hueso bastón nudos. (Aumentenme sueldo.)

—Mister Eden, jugando golf Basilea, equivocación tra-



góse pelota golf. Extracción pelota golf tramilla estilo tapón botella. Miedo páguelo España republicana.

—Celebróse manifestación diez mañana favor heroico pueblo español. Organizaciones obreras acudieron masa. Querer impedirla autoridades. Pueblo sacudir autoridades más que estera. Corresponsal Franco aquí cobrar también.

—Encontrarme corresponsal Franco. Correr diez kilómetros detrás, no alcanzarle. Batir récord 100 metros lisos.

—Cinco tarde partido fútbol contra equipo Turín. Saludar romana, botellas campo, cabezas turinenses. Ver corresponsal Franco entre multitud. Querer zafarse de mí.



romper lentes señor gordo. Señor gordo romper junco 15 centímetros diámetro nuca corresponsal Franco.

—Llegado esta capital contramaestre barco inglés bombardeado Mediterráneo. Concedida entrevista comunicarme consternación hecho. Extrañarse Gobierno su país no adopte medidas enérgicas. Tachar de «blanco» Gobierno su país. Tomóse diez botellas whisky pasar disgusto.

—Representante China abrazarme plena calle. Expresar indignación invasión japonesa su país. Comuniquéle procedimientos míos corresponsal Franco. Promesa cumplirlos fielmente.

—Dime manos boca corresponsal Franco. Prometiome, lloroso, emigrar Antillas. Ultima patada barriga.

G. JONES

(Ilustraciones de Moyano.)

Romances de NO VEAS



Muy puesta de pinturillas
la Reacción estaba en casa
(un palacio muy bonito
que tiene en la retaguardia).
"¡Pac, pác!", llaman a la puerta.
"¡Pac, pác!", que a la puerta llaman.
—¡Ay!, ¿quién será a aquestas horas,
aquestas horas tan raras?
Miraré por la mirilla,
miraré de buena gana.

—Marido, ¿cómo es que vienes
tan a deshora a tu casa?...
—Que yo no soy tu marido;
que tú no me tocas nada;
tú me has querido engañar.
¡Cobrarle quiero la infamia!
—¡Ay, qué mentiras, mentiras,
mentirillas de jonjana!
Tú eres Juan Pueblo, marido;
de ti no estoy divorciada;
contigo, pan y cebolla;
tu mujercita te ama.
—¡Vamos a cuentas, mujer!
¿Quién salta por la ventana?
¿Quién, cuando yo no te miro,
te mira con arrogancia?
¿Quién sino el Fascio es tu amante?
¿Quién sino el Fascio te paga?
—¡Ay, que yo visto de pobre
por más que use negras gafas!
¡Que llevo al cinto pistola
para defender tu causa!
¡Que hablo tu propio lenguaje!
¡Que vivo tu propia casa!
¡Yo lo veo todo negro

si tú, negro, "tó" lo "tañas"!
¡Yo lo veo todo rojo
si de tu sangre se trata!
¡Lo veo de mil colores!
¡Verde, color de esperanza!
¡Rosa, color de ilusión!
¡Azul, color de mi alma!...
—A fe de Juan Pueblo, digo:
¡Basta, basta, basta, basta!
¡Y apártate a un lado, amiga!
¡Quiero registrar la casa!

—¿De quién, casadita infiel,
son estos duros de plata?
—¡Tuyos, tuyos, dueño mío,
que mi padre te los manda!
—Tu padre no los mandó
cuando yo pasé "carpanta".
¿Y de quién estos brillantes,
que brillan más que la plata?
—¡Tuyos, tuyos, dueño mío,
que mi padre te los guarda!
—¿Tu padre, el Capitalismo,
darme a mí lo que brillara?...
¿De quién esta calderilla,
que nada vale y se guarda?
—¡Tuya, tuya, dueño mío!
¡Mi padre te la enviaba!
—La calderilla la escondes,
la escondes con mala entraña,
para que luego en el "Metro"
mi billetito no valga.
Sé de qué pata cojeas,
con la muleta que andas.
¡Mira bien dónde te metes
y mira bien lo que sacas!
¡Mira que tengo paciencia;
pero que ya se me acaba!
Mira, casadita, mira,
mira, mirando, miranda..
¡que te doy con esta porra
de la Unidad Proletaria!...

—¡Kikiriki!", cantó el gallo;
y le contestó la rana.
—¡Kikiriki!", cantó el gallo
—¡Kikiriki!", por España.

Pedro UVA

MADRID 1938

Los chinos de la Avenida de los Obuses



—¡PIELES DE FASISTAS A TRES PELETAS!!

Ayuntamiento de Madrid

La Gestapo alemana y la Óvra italiana estaban perplejas. Grandes sumas de dinero se entregaban a los agentes que «operaban» en la España leal. Pero éstos apenas conseguían más que perturbar una cola en la que dos docenas de pacientes vecinos comentaban, en espera de adquirir los géneros que unos filantrópicos sujetos les vendían, confundiendo la tienda o el puesto callejero con el mercado de diamantes de Rotterdam.

Cierto era que el núcleo más activo (y el que más dinero les costaba) había ensayado una revolucioncita en pijama para andar por casa. Pero el fracaso había sido estrepitoso: sus mejores agentes, detenidos, y anulados sus medios de expresión.

Y la labor de los pollos ocultos en las casas, con derechos extra-territoriales —que iban siendo evacuados—, y la de los que lanzaban por ojos y boca llamas «revolucionarias» desde las organizaciones donde se habían infiltrado, sorprendiendo la buena fe del conserje, no justificaban las grandes sumas empleadas.

Los irreprochables asesinos de la Gestapo y de la Ovra se reunieron, y tras una pequeña discusión, en la que hubo seis muertos de

sendas puñaladas, acordaron lo siguiente:

«Que la U. R. S. S. que-
ría colonizar a España
(¡...!); y

Hacer una gran campaña mundial de Prensa en los periódicos afines» (afines en la subvención).

Como en España estamos al cabo de la calle del intervencionismo, la campaña se haría con la intención de provocar la desconfianza del pueblo, diciendo que la U. R. S. S. nos ayuda para montar campos de concentración, decapitar con hacha y convertir las farmacias en centros de alimentación. Y que los trabajadores de la U. R. S. S., que sacrifican parte de sus sueldos y aumentan sus horas de trabajo para enviar «mantequi-

lla» a la España leal, están frotándose las manos pensando en las ganancias que les va a producir su generosidad.

Como último punto se trató de las sumas necesarias para realizar esa campaña, haciendo constar que los agentes fascistas en la España leal están resultando demasiado caros por lo que exigen—sobre todo los del P. O. U. M.—y porque la Policía del pueblo y la vigilancia antifascista no les dejan dar ni «golpe».

Pero está visto que no dan una. Nada más decir que en la U. R. S. S. se estaban repartiendo ya los dividendos a cuenta de la «mantequilla», el pueblo da su contestación rotunda y enérgica.

Nueva reunión de la Gestapo y la Ovra, nueva resolución—la de provocar otro pijama de revolucionista—y nuevo fracaso nada más empezar a gestarse la «ideica».

En vista de eso, varios agentes han sido jubilados y han formado una sociedad para realizar obras de beneficencia en Chicago.

No queremos tan mal a esa gran ciudad americana para aconsejar a los demás que se dejen de tonterías y sigan el mismo camino; pero si les decimos que el pueblo ya tiene rayos X antifascistas en los ojos para penetrar los disfraces.

Pinkerthon RODRIGUEZ

(Agente secreto.)

(Ilustraciones de Manolo.)

PERDIENDO EL TIEMPO Y EL DINERO



EL OBJETIVO

NOY
ALFARAZ





Desde Chamberí a los Cuatro Caminos, todo el mundo conoce a don Anacleto. Es un «revolucionario» que se desvive por complacer al prójimo y se sacrifica por la causa... monetaria.

Dichas y mencionadas las cualidades «bondadosas» del «correligionario», pasemos a indagar la clase de favores que otorga a sus compadres el amigo, para que no se figuren ustedes que pecamos de mal intencionados.

—Bueno, querido Anacleto: ¿puedo contar con ese queso que me has prometido?...

—Rubrícalo y colócalo el sello de despacho. Tú vas a tener el sucedáneo lácteo; pero pa que veas que no soy mercantilista, debo anticiparte que el bola ése te costará quince machacantes.

—¡Re... bomba! Te ha salido redondo el precio.

—Sí, claro, ¡como es de bola!... Pero tienes que tener en cuenta que la mercancía me la administra el sobrino de un amigo del responsable de la Secretaría de la Subdirección de...

—Eso es más complicado que un jeroglífico.

—¿Aceptas?... Porque si no te interesa, ya sabes que me lo han pedido Niceto el marmolista, Paco el del café y Llano el verdulero...

—Nada, nada, aceptao, y ¡agradecidísimo! ¡No falta-

ba más! Anacleto va en busca del queso y se lo facilita al amigo. Este suelta los «macabeos» y marcha tan contento camino de casa. El otro se sonríe pensando que el bola le ha costado cuarenta «leandras». Lo vende con más de un noventa y cinco por ciento de ganancia, y encima cuenta con la gratitud del compañero adquirente.

Pero queda ahora el espíritu mercantilista del segundo compadre. Este, en posesión del queso, se para en la tienda de Raimundo, el carnicero, y le suelta a boca de jarro lo siguiente:

—Ya le dije a usted que traería el queso. Me ha costao lo mío; pero me nutriré a gusto.



PORTO

Ayuntamiento de Madrid

—¡Caramba, Regúlez, eso no está bien! Es necesario que me haga partícipe en la inefable facilidad de menear el bigote deglutiendo parte de esa esfera mantecosa.

—Es una primada lo que he pagado por ella, y no quiero que usted se perjudique.

—No sea ansioso..., que yo pago lo que se me diga por el medio Holanda.

—Seré benévolo y le entregaré la mitad del mapa. Por tratarse de un amigo a quien aprecio en lo que vale, se lo daré en lo que me cuesta: diez «laureanos».

—Acepto, encantao y tronchándome de gratitud.

—Y no lo diga a nadie que se lo he vendido, porque ya sabe que to me lo han facilitao en secreto...

—Seré discreto como un párvulo sordomudo.

El carnicero se queda contemplando el medio queso y piensa en las reconditeces de su espíritu mercantilista la buena ganancia que podrá sacar al irlo desmenuzando para otros ciudadanos.

—¡Caramba, Raimundo! ¡Queso en estos tiempos! ¡Menudo sacrificio económico le habrá costao la susodicha alhaja!—dice un amigo que acaba de entrar.

—¡Phss!... Veinte duros. He sido un primales; pero en los tiempos que corremos sólo se come dinero.

—¡Hombre!... Pero el caso es comer.

—Tiene usted razón.

—¿Y si me dejara que yo hiciera el primales también?... Así la carga quedaría más reducida.

—¿Cómo?...

—Quiero decirle que me podría usted vender la mitad de esa mitad.

—Por complacer a un cliente

te de toda la vida, me desprenderé de ella.

—Estupendo. Congratulao «in eternum». ¿Cuánto?

—Phss... Diez machacantes... No quiero lucrarme en ello. Es usted un buen amigo, y encantao de servirle.

—Ahí van. ¡Menudo festín me voy a dar! Cuando sepan mis amigos que he comprao queso, se me rifan.

—No le quepa a usted la menor duda.

—Lo dicho: encantao y agradecido.

Y el amigo se marcha decidido a encontrarse con alguno a quien poder exhibirle la «famosa alhaja», y la casualidad le hace tropezar con el gran Anacleto, a quien detiene con aire de solemnidad y le exhibe, ante sus propias narices, la mercancía recién adquirida.

—Fíjese, don Anacleto: ¡Queso! ¡Queso, auténtico y tiernecito!... ¿Qué le parece?...

Anacleto se fija en el trozo de queso y dice:

—¡Caramba, caramba! Es usted un hombre de suerte. ¿Y cuánto ha pagao usted por ese medio kilo aproximao?

—Diez duros.

—¿Cómo?

—Diez duros. ¿Le parece a usted mucho?

—¡Quia, hombre! ¡Si es regalao!...

Y Anacleto ofrece cinco duros por la mitad. No hay que asombrarse. Anacleto se da perfecta cuenta de que es el mismo queso que él ha traído. Pero se ha acordado de repente de un vecino al que por cien gramos de ese queso piensa pedirle nueve pesetas y un aparador de caoba del renacimiento que le ha visto en casa.

C. ELZA

(Ilustraciones de Porto.)

ALCALDES ALEMANES EN ANDALUCIA



«De orden del alcalde de este estupendo pueblo de Lebrija, von Ribbentrop, que los obreros que quieran trabajar por las buenas, ganando seis reales diarios, en la instalación de cañerías para el suministro de cerveza a domicilio, se pasen por la Alcaldía un día de éstos.

A los que sean buenos se les regalará, por dos duros, un retrato del «führer» y una morcilla de Francfort.»



—¡Cómo! ¿Que nos han cogido 200 cabezas de ganado?... ¡Aún nos queda n muchos animales! Que salgan en seguida a bombardear niños.



GRITOS EN EL CAMPO FACCIOSO

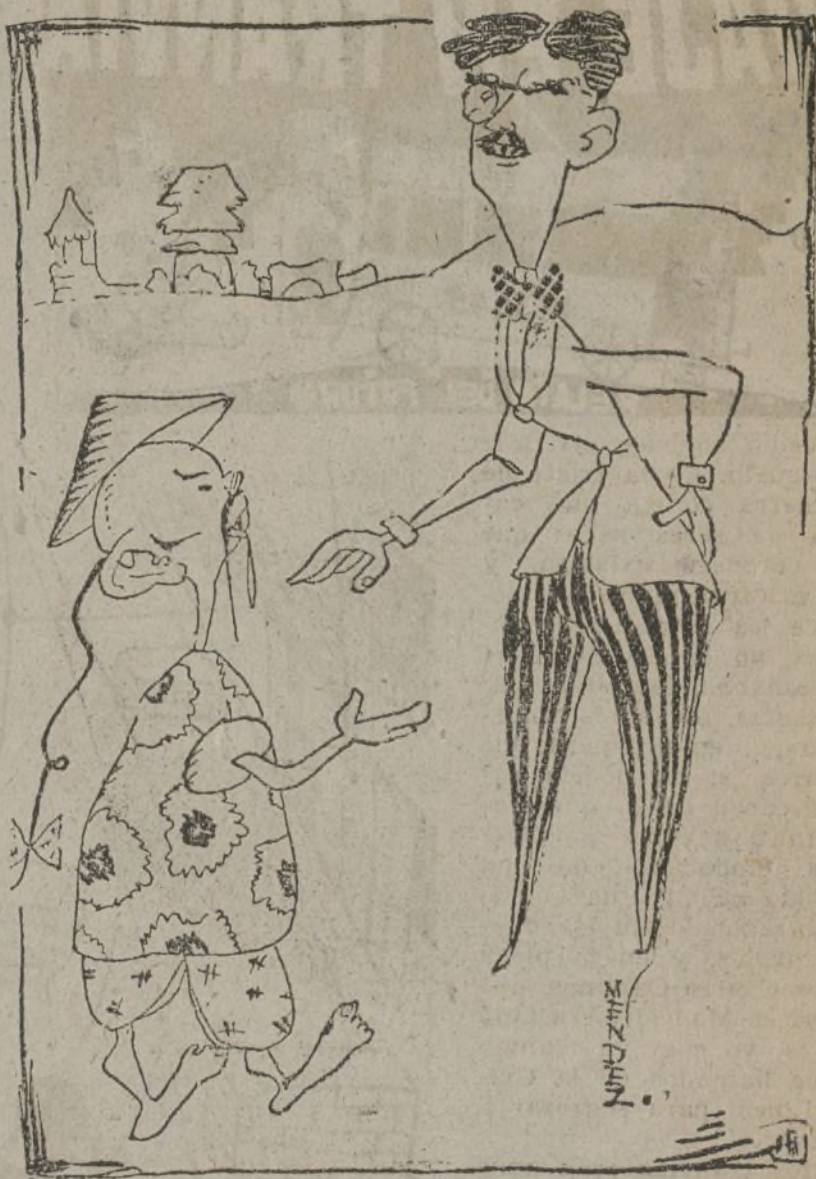


—Es que estan hartos de sufrir hambre y de ser carne de cañón, y han decidido pasarse.

—¿Pasarse?

—Sí. Pasarse a cuchillo desde el primero hasta el último.

Ayuntamiento de Madrid



—Señol Edén. Que el Japón me quiele pegal...

—No te apures, que yo haré un Comité de no intervención... como el de España. ¡Y ya verás tú!...



Apoteosis final del drama imperialista invasor.

(Dibujos de Méndez, Manolo, Ayuso, Garcia Cuervas y De la Piedra.)



Sucedió un buen día, allá por aquella época triste de la guerra contra una caterva de seres raros que por entonces existían, y que vosotros, queridos nietos de los hombres de entonces, no habéis conocido. Se llamaban fascistas, nacionalistas, invasores, imperialistas...; en fin, para qué cansaros, si no podéis haceros cargo de lo que significan hoy estas palabras raras, ciudadanos de una sociedad nueva. Pues, como os iba diciendo, un buen día de aquellos, y en la plaza de los Cuatro Caminos, que estaba en Madrid y era muy castiza, yo cogí un tranvía de los llamados de la Ciudad Lineal para regresar a mi cuartel.

Estos tranvías eran unos cajones muy grandes, con ruedas y un rabo largo en la parte de arriba, que parecía les servía para ir colgados; y era al revés, quiero decir, que eran los tranvías, todos con su rabo, los que sujetaban un cable muy largo que iba por encima, para que no se cayera al suelo.

Empezó a andar aquel cacharro. Iba lleno de gente. Gente en los pasillos, gente en los estribos, gente colgada en todos los salientes, y ¡hasta gente sentada en los asientos! Empezó a andar el tranvía, os decía, y un hombre con una caja en una mano salió de una punta del vehículo para ir a la otra. ¡Pobre hombre, cómo sudaba! Se retorcia, empujaba... Un pisotón aquí, un codazo allá, un salto mortal con doble pirueta acullá... Una verdadera monería, y el hombre que cruza, por fin, a su destino, dando unos gritos extraños, aunque eran entonces, en aquella época, muy corrientes en semejantes lugares: «¿Hace usted el favor...?» «Billetes...»

De pronto, un trastazo y unos terribles gritos. Una mujer, forastera por lo vis-

to y, por tanto, no acostumbrada a tales emociones, se desmaya. Siguen los gritos. «¡Pare, conductor, pare, que se han estrellado dos hombres contra el parapeto que acabamos de pasar!» No estaríamos apenas a loscientos metros del sitio del accidente, y ya el tranvía se había parado. Permíteme que os diga, infelices que no habéis llegado a conocer aquellas murallas de adoquines, por entre cuyos resquicios pasaban los tran-

vías (pero no los viajeros aficionados a viajar como los monos), que aquellos parapetos fueron construidos durante aquella guerra para tirarles los adoquines a la cabeza al cabezota de Franco, que, con todos los amigos de su mamá, quería entrar en Madrid. Como no llegó ni a acercarse siquiera, no se sabía en qué emplear aquellos montones de piedras, barro y cemento, hasta que surgió aquel tendero de mi barrio, que vendía por turrón pedacitos extraños a precios más que extraños...

Así fueron acabándose los parapetos... y enriqueciéndose algunos comerciantes.

Ibamos por los dos heridos. Seguimos... No recuerdo bien si fueron dos, o si detrás de aquellos dos hubo tres o trescientos más...

Pasó una parada, y otra, y otra, y otra más. Yo me fijaba en una vecinita que comía chufas, y me acordaba del pobre «Popeye» y de sus reportajes con espías... De pronto me asalta una terrible sospecha. Parece que el tranvía no anda. Porque de aquellos cacharros solía no saberse bien cuándo andaban y cuándo estaban parados. No se notaba más que en que el cobrador te cobraba cuando habías agotado un itinerario y empezaba otro.

Intento informarme del dicho cobrador, y éste me grita:

—¡Infame! ¡Emboscado! ¡Pretendes entorpecer la guerra? ¡Poum, poum!

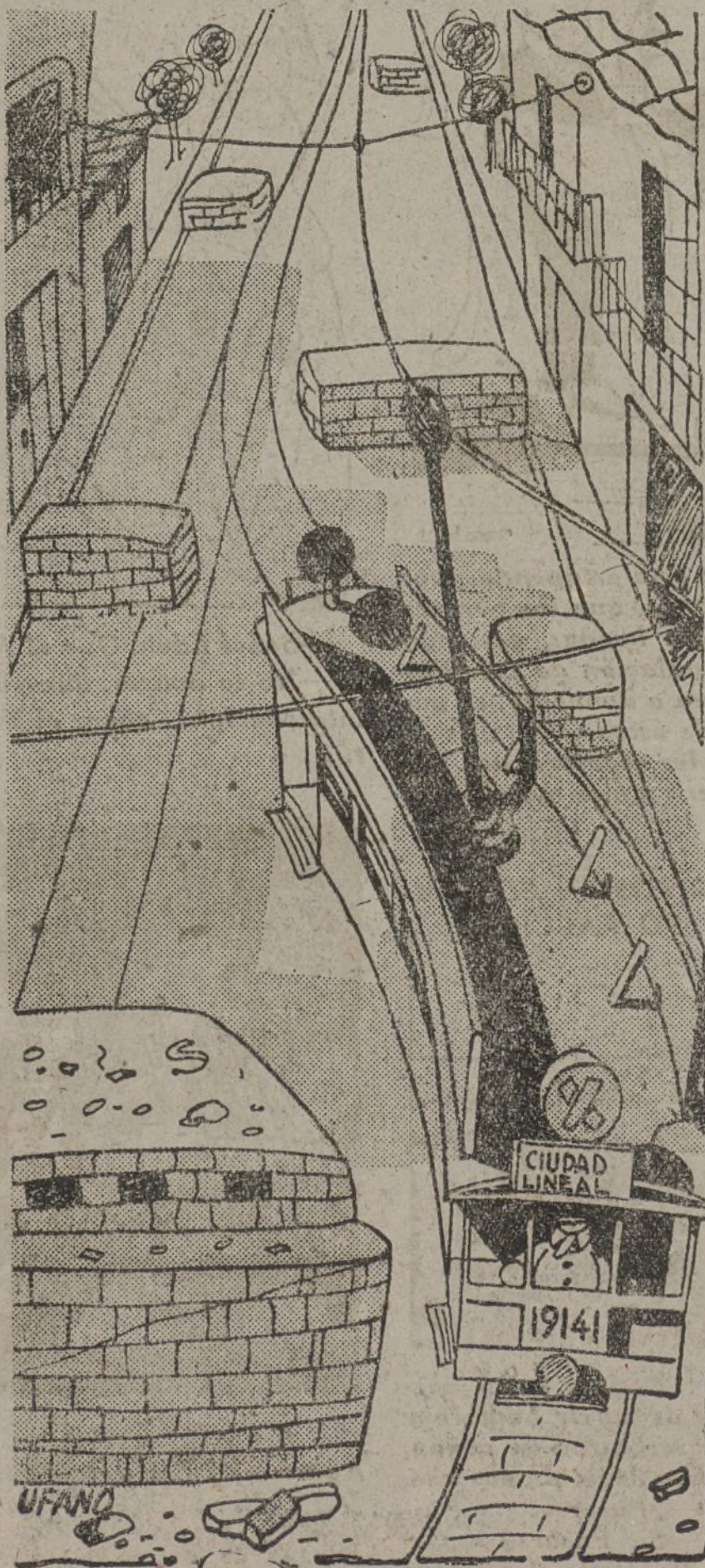
Y me da con la manivela.

Todos me tuvieron por muerto; pero mi abuelo, que me quería mucho, dijo que él había leído muchas novelas en que la gente se quedaba nada más cataléptica, y ordenó que me encerrarán en una caja de hierro y me guardaran en la cueva... De donde, al cabo de los siglos, he salido en unas excavaciones, y aquí me tenéis, dispuesto a contaros cosas maravillosas del año 1937.

Otro día será otra cosa

MATUSALENITO

(Ilustraciones de Ufano.)



COCK-TAIL

DE "RETAGUARDIA"

UFANO

SE COJEN UNAS
PISTOLITAS

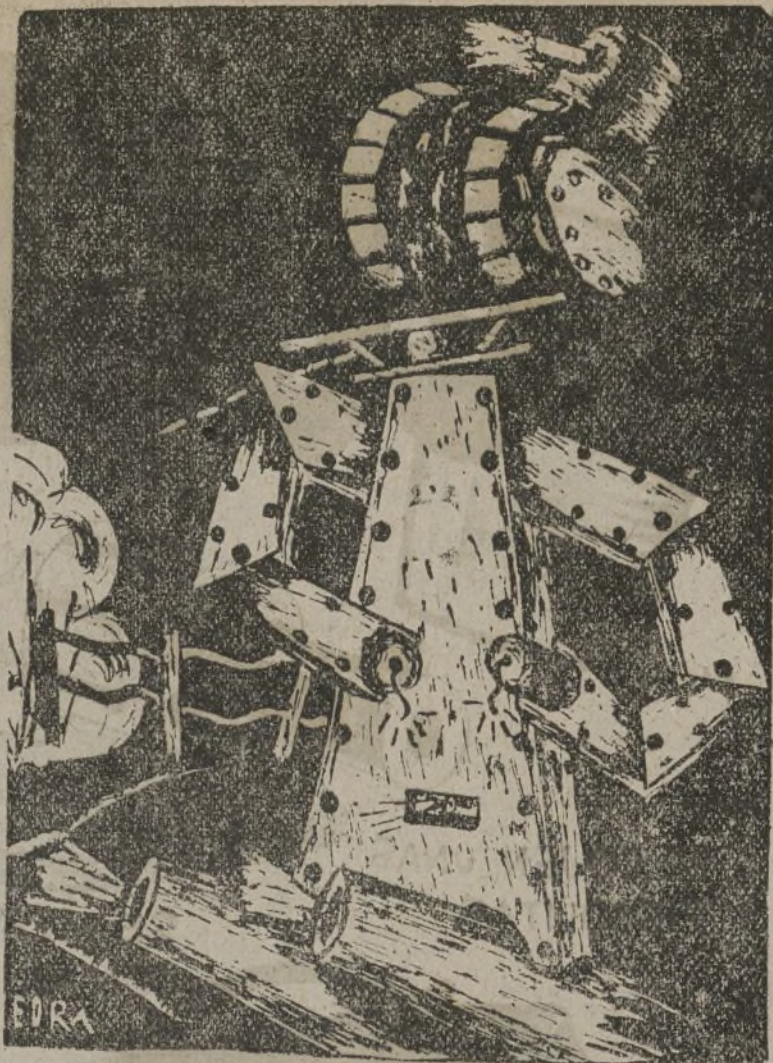
SE MEZCLAN
CON UN MONO

A ESTO SE LE AGREGA
UNA CARTERA DE
HULE Y UNAS
GAFAS NEGRAS

SE LE AÑADEN
VARIOS CARNETS
DE DISTINTAS
ORGANIZACIONES

SE AGITA BIEN Y SE OBTIENE
UN VERDADERO "REVOLUCIONARIO"

(Dibujo de Ufano.)

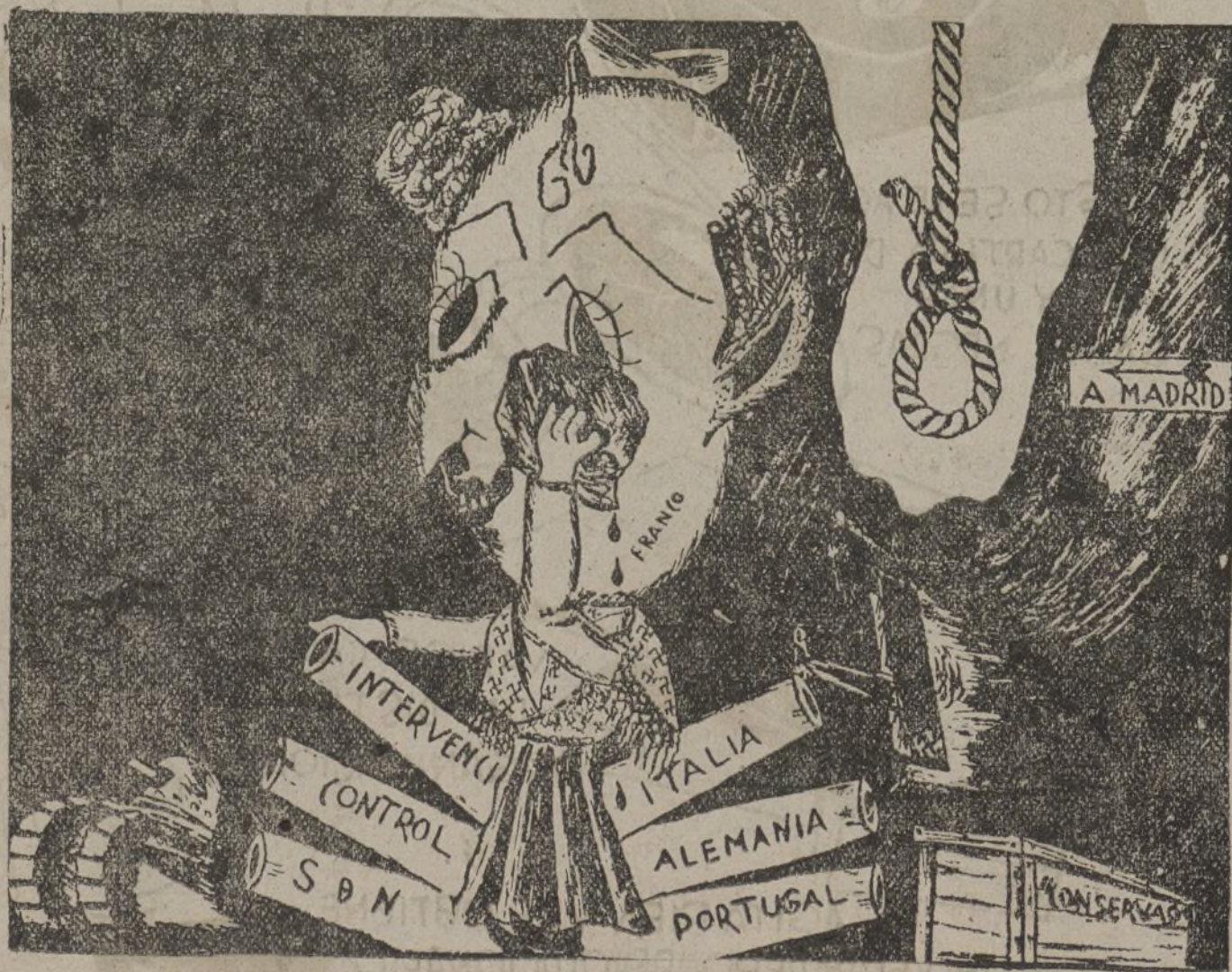


AYER. El pueblo español, contra sus enemigos, era sólo un corazón proletario.

HOY. El pueblo español, contra sus invasores, es una potente y modernísima máquina de guerra.

*¡María de la O!...
¡Qué desgrasiaíta
que eres
teniéndolo tó!*

(Dibujos de
DE LA
PIEDRA.)



EL TRAJÍN *de un* EMBOSCADO POR BABIANO RELATADO



Encuentran los policías
las huellas de don Matias.

Pero él, que ha nacido un «trucha»,
cuando las voces escucha...



... se mete en una Embajada,
con ropa limpia y... tajada.

Donde sin ningún quebranto
escucha a placer «su encanto».



Y sigue haciendo la pascua
a la retaguardia en ascua.

FIN



Hasta que tarde o temprano
la autoridad le echa mano...

Todo es acostumbrarse



UFANO/